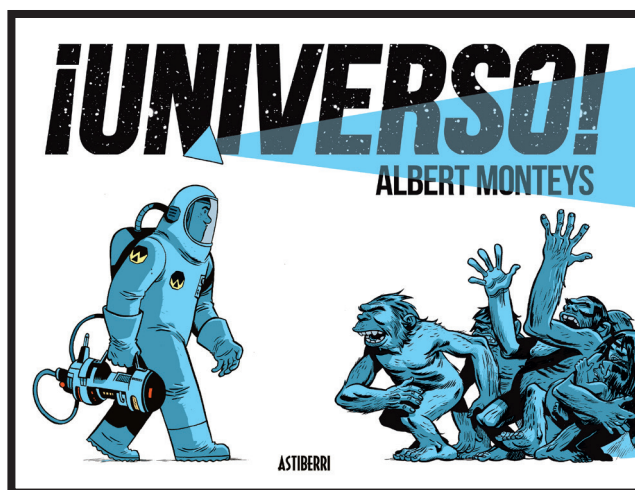

¡Universo!

ALBERT MONTEYS

Astiberri / ¡Caramba!, 2017

Contra casi todo pronóstico, la ciencia ficción y la fantasía han acabado por dominar el mundo del entretenimiento. Lo que hasta hace pocos años era material «de nicho», con un público muy fiel pero (relativamente) reducido en número, ha invadido el *mainstream* de manera fulminante. Como avanzó Grant Morrison a principios de siglo, la cultura *geek*, para bien y para mal, es ahora la hegemónica. Y lo es en todas sus vertientes: los superhéroes de Marvel, los mundos fantásticos de Tolkien y George R. Martin, o una ciencia ficción que va mucho más allá de los sencillos postulados de la *space opera* popular. A propósito de este nuevo panorama fantacientífico *mainstream*, quisiera destacar dos tendencias que últimamente están acaparando especial atención.



Por una parte tenemos la ciencia ficción distópica, la que propone futuros cercanos más o menos plausibles (o más o menos metafóricos) en los que se examina alguna problemática real de nuestro presente. Hablamos de *Black Mirror*, de *El Cuento de la Criada*, de *Westworld* y tantas otras ficciones que denuncian/profetizan nuestro fracaso como civilización en los planos económico, social, sentimental y tecnológico. Se trata de productos culturales muy afines a una sociedad post-crisis que ha sufrido en carne propia la decepción tras haber apostado por «el progreso»: oscuros, fatalistas y en los que el humor, cuando aparece, suele hacerlo en forma de sátira cruel.

El otro ramal *sci-fi* a destacar es el que alude a la, llamémosla, hipertrofia referencial. Algunos de los que se habían criado con aquella cultura subterránea, y a menudo mal vista, comenzaron a reorganizar todo ese conocimiento supuestamente inútil que llevaban dentro para generar complejos artefactos multirreferenciales disfrutables a varios niveles. Ahora mismo, la serie animada *Rick & Morty* acapara la máxima atención en esta vertiente temática. La creación de Justin Roiland y Dan Harmon recoge el testigo de la célebre *Futura-**ma* para ofrecernos frenéticas cápsulas narrativas de veinte minutos abotargadas de humor

malsano sustentado en *hard sci-fi* pasada de vueltas y menciones mil (entre lo evidente y lo oscurísimo) a la historia del género.

Mientras estas dos aproximaciones temáticas discurren por caminos separados en los dominios del *mainstream*, en el humilde ámbito del tebeo distribuido digitalmente podemos encontrar un espécimen híbrido: se trata de *¡Universo!*, la antología de ciencia ficción de Albert Monteys. Tras este (deliberadamente) rimbombante título, su autor nos habla de los sombríos aquí y ahora propios de la ficción distópica, pero sirviéndose de unos loquísimos y desternillantes conceptos fantacientíficos que solo habrían podido salir de alguien que ha consumido mucho género a lo largo de su vida. Si a las multinacionales les preocupa poco el daño colateral en el tejido socioeconómico a la hora de aplicar sus modelos de negocio, Monteys sube la apuesta planteándonos una corporación que juega con el mismísimo tejido del cosmos por el simple capricho de expandir su imagen de marca. Si, en muchos casos, el fin de una relación sentimental se ve venir con la progresiva desconexión emocional de la pareja, en este tebeo la cosa se hace literal, con una perturbación cronal que permite a sus miembros compartir espacio, pero percibiendo la realidad desde dos puntos temporales diferentes cada vez más alejados. Y así con todo...

Monteys no solo conserva gran parte de su vena caricaturesca en este tebeo, sino que también plantea un mundo futuro que, sin renunciar a originalísimos hallazgos, rinde tributo a aquellas visiones cómico-utópicas de Bruguera, Hanna-Barbera o la Warner. Pero este aspecto ligero y jovial no debe llevarnos a engaño en cuanto a la profundidad de lo que se cuenta. De un modo parecido a lo que ocurre con la obra de Chris Ware, existe un choque de esos dibujos de líneas simples y colores vibrantes con las historias «escondidas» detrás, cargadas de alienación y soledad. Con todo, no nos asustemos, las dosis de humor inyectadas hacen llevadera esa desolación existencial; si los seres humanos del futuro solo son capaces de mantener relaciones de pareja con máquinas, a lo mejor que dichas máquinas sean robots estilo R2D2 y C3PO en lugar de replicantes de físico perfecto ayuda un poco a desdramatizar el panorama y de paso echar unas risas.

Al contrario que en otras ficciones distópicas, en las que el *high concept* prevalece sobre unos personajes que tienden al cliché (no miro a nadie, Charlie Brooker), los habitantes de *¡Universo!* rezuman cotidianeidad; se sienten cercanos y reales. Sin duda, las miles de páginas de humor costumbrista que el autor ha realizado a lo largo de su carrera han tenido mucho que ver. A lo mejor, ese incesante trabajo de investigación necesario para entregar semanalmente una pieza humorística que saque punta a algún aspecto del devenir cotidiano ha servido para humanizar al máximo unos personajes colocados en un entorno poco familiar. Paradójicamente, el género más popular y accesible en el mundo del cómic ha servido para aportar ese punto de distinción a un tebeo que, por otra parte, alude a la cultura *geek* profunda.

Tras cinco episodios publicados digitalmente a través de la (ya podemos decirlo con rotundidad) prestigiosa plataforma Panel Syndicate, y con una nominación al Eisner debajo del brazo, *¡Universo!* se pasa al papel de la mano de Astiberri. Concebido para ser leído en una *tablet* a página completa (sin necesidad de *zooms* que oculten la composición de la plancha),

la conversión a libro resultó en un grueso volumen de formato apaisado. Queda en manos de cada lector decidir cual es la mejor forma de leerlo, pero consideraciones prácticas aparte, hay que decir que en su versión física es un precioso objeto digno de ser conservado y estudiado. Especialmente reseñable el efecto de reproducir en papel un coloreado pensado para ser visto en una pantalla: esos chorros de colores planos e intensos resultan todavía más llamativos al ser comparados con los estándares cromáticos de la mayoría de cómics impresos.

La andadura episódica de *¡Universo!* empezó fuerte, situándonos al inicio del primer capítulo en un contexto previo al *Big Bang*, pero la cosa no fue a menos en los siguientes. El quinto, y por ahora último, supone un auténtico *tour de force* en guion y planificación cuya lectura, pese a su complejidad conceptual, fluye como si tuviéramos delante una historia común y corriente. Con esta progresión, solo queda decir que la espera por el número 6 se está haciendo larguísima...

DAVID RODRÍGUEZ MOSTEIRO

David Rodríguez Mosteiro (Melide - A Coruña, 1978) es ingeniero de telecomunicación por la Universidad de Vigo y se gana la vida como desarrollador de aplicaciones. Bajo la identidad secreta de Intramuros, navega sin descanso por los confines de la cultura pop, registrando sus hallazgos en intramuros.es y otros espacios de Internet.